



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)



La organización del tiempo libre

LA DÉCADA DE LOS SESENTA, y en España sus años finales, con su poderosa mitología del desarrollo acumulativo indefinido, propició una concepción tal de la abundancia que llevó a muchos a pensar que estaba llegando el momento cuasi arcaico en que no sería necesario trabajar tantas horas como hasta entonces, ya que la producción y el bienestar seguirían creciendo con un cada vez menor consumo de trabajo humano gracias a la productividad deparada por las nuevas tecnologías. De aquí la aparición del interés por el tema del ocio, que preocupó a científicos sociales y a moralistas tanto desde el punto de vista de la liberación humana que implicaba como del desequilibrio que su pretendido exceso pudiera introducir en la vida de personas que no supiesen qué hacer con él.

6.1. *El interés por el tiempo libre de los jóvenes*

LA MODA de hablar de la «civilización del ocio» es ya agua pasada, por cuanto la abundancia ha sido sustituida nuevamente por la escasez en el contexto de una crisis económica de no fácil superación. Pero del optimismo de aquellos años ha quedado, por una parte, una valoración social del ocio que implica la necesidad de rellenarlo con actividades «prestigiosas» (de acuerdo, sobre todo, con las pautas establecidas por una publicidad de masas) y, en segundo lugar, una curiosidad científica por la dimensión no laboral de la vida humana, tanto más cuanto que las actitudes lúdicas y hedonistas se han generalizado ampliamente.

Bien es verdad que en los momentos actuales

no puede ya hablarse del ocio generalizado como perspectiva vital, ni siquiera para los habitantes de los países superdesarrollados, ya que al haberse convertido el trabajo en un bien escaso el desempleo ha alcanzado cotas tan altas que impiden considerar las cosas con tanta ingenuidad. El tiempo libre forzoso de quien está en paro no tiene nada que ver con el abundante ocio que se suponía al trabajador de la sociedad opulenta, y ni siquiera la reducción de la jornada laboral para aumentar el empleo disponible puede ser tratada con las ya viejas categorías.

El estudio, pues, de la utilización del tiempo libre ha perdido su énfasis trascendente vinculado a un cambio de sociedad; cambios ha habido, en efecto, pero en dirección opuesta a la esperada. De todas formas, algo ha quedado de lo anterior: la definición comercial del tiempo de ocio como un espacio de consumo es-

pecífico de extraordinaria importancia económica. De aquí que la utilización masiva del tiempo libre sea muy diferente a la que se hacía una generación atrás, y que interese sobremanera indagar los condicionantes sociales de tal utilización.

Por lo que se refiere en concreto al ocio de los jóvenes, puede decirse que la cultura adulta manifiesta un particular interés por las actividades en que se consume, y ello por varias razones. En primer lugar, quizás la distancia entre la subcultura juvenil y la cultura adulta sea hoy mayor que en otras épocas (y volveremos sobre ello en el capítulo siguiente), con lo que los adultos encuentran especiales dificultades para la comprensión del mundo juvenil, e incluso experimentan cierto temor ante lo que no comprenden, tanto más cuanto que ciertas formas de comportamiento de los jóvenes han roto con convicciones profundamente arraigadas en sus mayores.

EN SEGUNDO LUGAR, y en aparente contradicción con lo anterior, la cultura adulta ha sufrido desde el primer tercio de este siglo un fuerte proceso de juvenalización, de suerte que la presentación del yo adulto se reviste hoy de formas que hubiesen sido inconcebibles hace pocos años. Son muchos los factores que se han concitado para prestigiar la juventud entre los adultos, y no es el momento de referirse a ellos; pero el hecho es que los adultos tratan de parecer jóvenes, de prolongar su apariencia juvenil tanto como les sea posible, y ello sobre todo en su aspecto físico, en su atuendo y en las actividades de su tiempo libre. Otra cosa es que los jóvenes se reconozcan en tales caricaturas o remedos, pero los adultos otean el mundo juvenil (o más bien lo otean por ellos determinadas organizaciones industriales y comerciales) para mimetizarlo en lo posible. Viene a suceder ahora, pues, lo contrario que hace pocos años, cuando los jóvenes se apresuraban a disfrazarse de mayores, incorporando, si no la gravedad, sí los arreos externos del estatuto de adulto.

EN TERCER lugar, por último, muchos adultos tienen interés vocacional o profesional en las actividades juveniles, y particularmente en las que desarrollan en su tiempo libre: desde quienes venden objetos o servicios para el caso (y no es pequeña la importancia económica del sector) hasta los educadores, pasando por los políticos, los pastores religiosos, los reclutadores para toda suerte de activismos, etc. Todos ellos desean saber lo que hacen los jóvenes, y casi siempre quieren también influir en lo que hacen, ya sea para conseguir conversos al pacifismo o adherentes a los *Boy Scouts*, ya para mantenerlos dentro de un orden establecido o para que colaboren en su destrucción, ya para venderles camisetas, discos o drogas, ya para «corromperlos» o «purificarlos». *Et sic de caeteris*.

En todo caso, los jóvenes son objeto de una especial atención por parte de los adultos, y naturalmente también de los científicos sociales, que pueden advertir en ellos los signos de la continuidad o discontinuidad social. Especialmente a partir de los movimientos producidos en algunas universidades norteamericanas en los años 60, que de alguna manera culminaron en el mayo parisino de 1968, y que se prolongaron ruidosamente en la protesta contra la guerra del Vietnam, una considerable cantidad de reflexión y de letra impresa se ha dedicado a tales fenómenos, a los que se aludirá en términos generales en el siguiente capítulo. Es evidente que en tal contexto la atención al muy concreto tema de la utilización del tiempo libre había de ceder ante cuestiones más generales y perentorias. No obstante, apaciguada la virulencia y la generalidad de los fenómenos indicados, la sociología de la vida cotidiana de los jóvenes vuelve con interés a temas menos heroicos y más convencionales. Por otra parte, no hay que perder de vista que la subcultura juvenil es en buena medida un perfil marginal al trabajo y al estudio (otra cosa sería la contracultura), esto es, centrado fundamentalmente en el espacio correspondiente al ocio, o al menos perceptible de manera privilegiada en él. De aquí la oportunidad de examinar las pautas de utilización

del tiempo libre de los jóvenes españoles y, como un caso específico de ellas, el asociacionismo juvenil. De todo lo cual se ocupa el presente capítulo.

6.2. Pautas de utilización del tiempo libre

NO ESTARÁ de más indicar que la noción misma de «tiempo libre» adopta significados muy diferentes y se presta a muy distintas formas de utilización en función de que se trate del tiempo libre de un joven que trabaja, de un joven que estudia, de uno que estudia y trabaja al mismo tiempo o de uno que no hace ni una cosa ni otra. Y adviértase que estas distinciones son específicamente pertinentes en el caso de los jóvenes, y sólo de manera más remota para el caso de los adultos.

Es quizás para la primera situación, la del joven trabajador, para la que la noción de tiempo libre tiene un sentido más preciso: tiempo de trabajo y tiempo de ocio son dos realidades mutuamente definidas por la negación de la contraria, de suerte que el ocio es para el joven trabajador un bien escaso, vinculado además funcionalmente al descanso, a la reposición física y psíquica de su capacidad laboral. Algo parecido, pero de manera mucho menos nítida, puede decirse del ocio del joven que estudia: aquí la separación entre ambos mundos está más desdibujada, y su tiempo libre es un bien menos escaso y menos separado.

Las situaciones extremas se dan en las dos últimas categorías. El joven que estudia y trabaja, especialmente si hace un trabajo de jornada completa, puede ver gravemente amenazado su tiempo libre, hasta el punto de casi carecer de él. La penuria de ocio puede llegar a ser muy severa, con todas las consecuencias que tal cosa tiene para el equilibrio personal a ciertas edades. Pero para el joven que ni estudia ni trabaja, para el joven en paro (esté o no

«desanimado»), la abundancia de tiempo libre, forzada o más o menos aceptada, plantea quizás los más graves problemas de equilibrio y autoidentificación personal.

Así pues, cuando en las páginas siguientes se habla del ocio juvenil como de un concepto unívoco, téngase bien presente que en verdad se está hablando de realidades muy diferentes para personas situadas en posiciones incluso antitéticas. No es del caso repetir aquí datos acerca del trabajo, del estudio y del paro de los jóvenes, que puede el lector encontrar en otros capítulos del presente estudio. Pero sí es preciso recordar que es justamente entre los jóvenes donde se dan las más dispares situaciones al respecto. Ni la utilización del tiempo libre responde a condiciones sociales y personales homogéneas, ni el sentido de su utilización es el mismo para quienes desenvuelven formas de vida tan diferentes, basadas en situaciones socioeconómicas muy distintas.

Y ALGO MÁS: las diferencias que el *hábitat* impone en la utilización juvenil del tiempo libre son aún muy grandes. La vida rural, la de ámbitos urbanos medios y la de las grandes ciudades conservan, incluso para los jóvenes, un fuerte diferencial en punto a las ofertas del medio social para ocupar el ocio. Pero basta ya de *caveat*, y vayamos sin más a los datos disponibles sobre utilización del tiempo libre por los jóvenes españoles.

En 1982, y de acuerdo con la *Quinta Encuesta de Juventud*, el tiempo libre de los jóvenes se ocupa de muy diversas maneras, la más socorrida de las cuales era, simplemente, estar con los amigos. No puede sorprender al estudioso esta respuesta (cuyo *quantum* no se aporta aquí, por tratarse de una pregunta con respuesta múltiple cuyos porcentajes son de difícil manejo y peor comparabilidad), no puede sorprender, decimos, ya que precisamente una característica juvenil en la que se insiste repetidamente es su tendencia al agrupamiento, a articularse en pequeños conjuntos informales para estar unos con otros (siendo estos

grupos mixtos en muchos casos de amigos y amigas, especialmente en ciertos tramos de edad). La ocupación más extendida del ocio es, pues, no más que estar con amigos, charlando, jugando, paseando o cortejando; y hay que subrayar ese mero estar, sin suponer que se ocupen juntos de oír o de hacer música, o deporte, o bailes, etcétera, pues todas esas actividades contaban con entradas específicas en la pregunta en cuestión. Bien es verdad que ninguna entrada recogía el frecuentar bares o cafeterías para tomar «una copa»: el beber vino, cerveza, bebidas no alcohólicas, o incluso licores, debe redondear con harta probabilidad buena parte de las ocasiones en que los jóvenes están con los amigos y hablan de sus cosas. Y esta es una pauta que se repite: en 1977 la *Cuarta Encuesta de Juventud* colocaba también en primer lugar en la ocupación del tiempo libre el estar con los amigos. Así pues, es la palabra (comentario, intercambio, cotilleo, escarceo) lo que llena más frecuentemente el ocio juvenil, en los términos más informales y relajados: «estar con los amigos». Los jóvenes se reúnen en pequeños grupos de amigos, y están juntos, hablan o «toman algo».

Esta ocupación primordial y fuertemente social del ocio contrasta con la actividad que, después de ella, recibe más adhesiones: ver la televisión. Se trata ahora, por el contrario, de una actividad solitaria, por así decirlo, y que hay que suponer no se comparte con amigos, sino con miembros de la familia; actividad solitaria en cuanto que no requiere de la presencia de otros para llevarla a cabo, y en cuanto que, por absorbente, aísla al espectador de los demás espectadores (como alguien dijo, «la familia que ve la televisión unida, permanece desunida»). De modo que los jóvenes se dedican en sus ratos libres ante todo a estar con los amigos, e inmediatamente a ver la televisión; aunque parece que este gran peso televisivo no lo era tanto unos años antes: en 1977 la segunda actividad en el orden de preferencia para la ocupación del ocio era escuchar música, que ha sido desbancada por la televisión. Evidentemente, con tan escasa información no puede decirse que la peculiar aten-

ción prestada por los jóvenes a su música (ya que hay que suponer que es ésta la que oyen) esté disminuyendo en beneficio de otras formas de ocio más convencionales, como el consumo de televisión, propio de toda la familia y no sólo de los jóvenes: pero desde luego ésa es la tendencia que se desprende de los datos manejados.

SE ACABA de indicar que el consumo de televisión es más convencional que otras ocupaciones del ocio por ser común a todos los miembros de la familia; pero tal afirmación es arriesgada, ya que hay un cierto consumo diferencial según las edades: distintos programas tienen audiencias diferentes. No obstante, no es demasiado arbitrario suponer que, en general, todos los miembros de la familia consumen de todo, y que no serán quizá los jóvenes quienes hagan ascos a muchos programas: seguramente los jóvenes son más omnívoros que los adultos (salvo quizá para los programas calificados inapelablemente como «rollos»), por lo que cabe insistir en lo ya dicho: que ver la televisión es una ocupación convencional del ocio, en la medida en que no es específica de los jóvenes. Y tal ocupación va ganando terreno, incluso a algo tan característico como escuchar música.

El tercer modo más común de empleo del tiempo libre es en 1982 el ir al cine. El cine sigue estando en primera línea en la ocupación del ocio juvenil, y hay razones para suponer que, en cierto sentido, constituye una actividad que reúne las virtudes de las dos señaladas anteriormente: al cine se suele ir con los amigos, no en solitario, y la actitud del espectador de cine se parece mucho a la del de televisión (imagen audiovisual, pasividad, absorción por una historia). Es curioso constatar que cuando se habla sobre las actividades juveniles no suele adjudicarse al cine hoy en día la importancia que sin duda conserva en la subcultura juvenil, quizá porque no es un elemento cultural específico de lo que los adultos llamamos «la juventud de ahora», sino más

bien una característica estable del ocio juvenil desde hace muchos años. En todo caso, conviene insistir en que los jóvenes van al cine, tanto que lo destacan como tercera actividad en que emplean su tiempo libre, tras el estar

con los amigos y ver la televisión. Pero, sin embargo, es curioso observar que desde 1960 a 1975 ha disminuido el número de jóvenes que van al cine. Veamos los datos:

Tabla 6.1. Porcentajes de jóvenes que van al cine, por años y sexos

	1960		1975	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
<i>Van al cine</i>	95,4	97,1	90,3	91,3
Lo hacen rara vez	14	23	27	29
Semanalmente	47	49	56	60
Dos o tres veces por semana	38	27	16	10
Más veces	1	1	1	1
TOTAL	100	100	100	100
(N)	(1.256)	(403)	(1.529)	(1.530)

Fuentes: Primera y Tercera Encuestas de Juventud.

ES DECIR, que en 1975 hay más jóvenes que van de manera regular semanalmente al cine, pero también hay más que van sólo raramente; y ha disminuido el número de quienes van más de una vez por semana. En conjunto, como luce en la primera línea de la *Tabla 6.1* el descenso entre 1960 y 1975 del número total de jóvenes que van al cine es perceptible, no obstante lo cual entre 1977 y 1982, como hemos visto más arriba, la asistencia al cine parece haber aumentado de acuerdo con la pregunta acerca del empleo del tiempo libre. Es posible, en efecto, que esté volviendo a crecer en los últimos años el número de jóvenes que van al cine, aunque los datos disponibles sólo nos permiten suponerlo.

Por fin, en cuarto lugar aparece como actividad de ocio el escuchar música; se apuntaba más arriba que es legítimo suponer que se trata de la música específica para consumo juvenil, esto es, básicamente del *rock* en sus múltiples variedades. Obviamente no puede excluirse que haya jóvenes que escuchen sistemáticamente a MOZART o a BERG, pero la atención a la música «cult» es entre los jóve-

nes, sin duda, un fenómeno minoritario. Pues bien, el escuchar música (¿en solitario?. ¿con algunos amigos?, ¿en casa?. ¿en un local *ad hoc*?) absorbe buena parte de la atención que en su tiempo libre los jóvenes dirigen a distintas actividades: por el número de adhesiones recibidas la música se sitúa en 1982 en cuarto lugar, perdiendo puestos en el *ranking* desde 1977. Sin duda tiene interés el apuntar esta tendencia, pero es difícil valorarla: de confirmarse y reforzarse habría que pensar en que una de las características definitorias de la juventud de todo el mundo en los años sesenta y setenta, sobre la que tanto se ha escrito, podría estarse desdibujando, bien porque estuviera siendo sustituida por otros rasgos igualmente específicos, bien porque el fenómeno subcultural juvenil estuviera perdiendo especificidad. Pero por el momento no hay evidencia empírica en ningún sentido, y sí sólo la de pérdida de puestos en la ordenación de preferencias sobre actividades de tiempo libre (del segundo puesto en 1977 al cuarto en 1982).

En 1977 la lectura de libros y revistas figuraba en el tercer puesto del *ranking*, juntamente

con ver televisión; pero si, como hemos visto, la televisión ha ganado un puesto en 1982, la lectura ha perdido terreno: se sitúa ahora en el quinto lugar, juntamente con oír la radio e ir a bailar. La lectura, pues, interesa menos ahora a los jóvenes, aunque conviene precisar de qué lectura estamos hablando. Dejando a un lado la de periódicos, que no figuraba expresamente mencionada en la pregunta sobre uso del tiempo libre, y a la que nos referiremos enseguida, se preguntaba en las *Encuestas de Juventud* por la lectura de libros y revistas ilustradas. En 1975 más del 43 % de los entrevistados no había leído ningún libro durante el mes previo a la entrevista, en tanto que en 1977, al pedir que calcularan cuántos libros leían al mes, el 64 % de los entrevistados afirmó leer «uno o dos»; no hay que insistir en que, por la forma en que se hizo la pregunta, las respuestas de 1975 son mucho más fiables. De todos modos, poco puede decirse con tales datos: si acaso, que más de un tercio de los entrevistados tienen probablemente hábitos de lectura poco arraigados. Y una pauta análoga se manifiesta respecto de las revistas ilustradas: aproximadamente un tercio no las lee nunca o casi nunca. Pues bien, si una tercera parte de los jóvenes no leía prácticamente nada en 1975-77, y si la lectura pierde puestos en la preferencia de actividades de tiempo libre en 1982, la conclusión ha de ser bastante pesimista. Pero no se trata en este momento de formular valoraciones, sino de identificar el perfil general del uso juvenil del tiempo libre, y de apuntar sus variaciones más destacadas en el corto espacio de tiempo que va de 1977 a 1982.

Hasta el momento nos hemos referido a las actividades que más adhesiones reciben: estar con los amigos, ver la televisión, ir al cine, oír música y leer libros y revistas ilustradas; y se ha puesto de relieve que durante el período considerado la televisión y el cine han ganado terreno, en perjuicio de la música y de los libros y revistas.

Pues bien, a continuación de estas actividades figuran otras de menos generalizada aceptación, pero que con todo reciben una sólida

atención juvenil: oír la radio, ir a bailar, hacer deporte, ver deporte, salir al campo o ir de excursión, y salir con una pareja del otro sexo, son formas de ocupar el tiempo libre que, sin ser tan masivamente utilizadas como las examinadas más arriba, configuran sin duda una parte importante del ocio de muchos jóvenes, y además de una forma muy estable: no hay apenas variaciones entre ellas en el *ranking* de preferencias entre 1977 y 1982.

QUEDA, por último, un tercer grupo de ocupaciones, entre las que se encuentran hacer trabajos manuales, tocar algún instrumento musical, concurrir a alguna asociación o club, ir al teatro y participar en reuniones políticas. Al examinar las respuestas dadas en las dos encuestas a que nos venimos refiriendo en este punto, salta a la vista la mejora de posición que experimentan las actividades manuales, y la pérdida de puestos sufrida por la práctica de instrumentos musicales y, sobre todo, por la participación en reuniones políticas. Acerca de estas últimas, no es de extrañar el descenso de interés juvenil por ellas, mucho más fuerte (aunque siempre relativamente minoritario) en 1977 que en 1982, momento en que han descendido al último lugar del *ranking*. Y decimos que no es de extrañar porque tal pérdida de interés se corresponde con un fenómeno análogo y general para el conjunto de la sociedad española o, para ser más exactos, del sector más sensible a la evolución política de la sociedad española. En efecto, el tránsito del franquismo a la democracia tiene su punto álgido precisamente en 1977, con las primeras elecciones generales, y sin duda las expectativas juveniles alcanzan también por esas fechas sus contenidos más milenaristas. Asentada la democracia y convertida en asunto cotidiano, era de esperar que buena parte de la atención juvenil por el tema se diluyese. Dicho en otras palabras: no parece razonable atribuir la pérdida de interés de los jóvenes por la política a un cambio en el modo de ser de los propios jóvenes (frustración, desencanto, «pasotismo»),

sino más bien a un cambio en el mundo de la política (normalización, evolución, cotidianización). Lo que en 1977 era una rigurosa novedad —el estreno de la vida democrática—, y también seguramente para muchos jóvenes una oportunidad revolucionaria, en 1982 es ya algo habitual y de cada día, no sujeto a la pulsión romántica de cambios radicales. El mundo de la política ha cambiado profundamente entre 1977 y 1982, y tal cambio ha implicado una sensible pérdida del interés juvenil, al menos en lo que se refiere a participar en reuniones políticas durante el tiempo libre. Podría, pues, traducirse el fenómeno como una pérdida de militancia, una suerte de desmovilización política de los jóvenes, que participan ahora mucho menos que antes en reuniones políticas; lo que, en efecto, no puede extrañar, ni es necesario explicarlo por cambios en los jóvenes, sino en la propia política, y en concreto en su atractivo para la militancia juvenil.

Además del auge de las manualidades y del descenso de la práctica musical, cosas ambas que podrían prestarse a un comentario acerca de la erosión de la especificidad subcultural juvenil, hemos dejado para el final un cambio bastante llamativo en la utilización del tiempo libre de los jóvenes: en 1977 el último lugar de la lista de preferencias venía ocupado por el ítem «no hago nada especial» (y hay que recordar que junto a él se presentaban las demás opciones a que hemos venido aludiendo, por lo que cabe interpretarlo literalmente como un no hacer nada); pues bien, en 1982 el no hacer nada especial ha ganado posiciones, poniéndose por delante del asociacionismo juvenil, de la práctica musical, de la asistencia al teatro y, claro es, de la participación en reuniones políticas. Se diría que desde 1977 a 1982 se ha desactivado parte de la «marcha» juvenil, revalorizándose un *far niente* que, a la vista de las alternativas ofrecidas por la pregunta, sugiere más bien indolencia y falta de interés.

El perfil, pues, de la evolución en la utilización juvenil del tiempo libre entre 1977 y 1982 presenta una cierta coherencia: desciende el

interés en oír y en hacer música, en leer y en participar en reuniones políticas, y asciende el interés por la televisión, el cine, las manualidades y el «no hacer nada especial». Puede ser oportuno observar tal evolución distinguiendo las preferencias de utilización del ocio por sexos: las jóvenes, tanto en 1977 como en 1982, hacen y ven menos deporte que los jóvenes y concurren a menos reuniones políticas; en cambio, leen más libros y revistas ilustradas. Pero lo que sobre todo es de destacar es que en 1977 las mujeres veían más televisión, oían más música y más radio y hacían más trabajos manuales que los hombres, en tanto que en 1982 unas y otros dan los mismos niveles en las tres actividades. Creemos que puede decirse que la utilización del tiempo libre es en 1982 más homogénea para los hombres y mujeres jóvenes que en 1977 (con la salvedad de que las mujeres siguen interesándose menos por el deporte y la política, y más por la lectura); en casi todas las actividades en que había diferencias por sexos han terminado desapareciendo prácticamente, y ello más bien por una aproximación de los valores a las pautas de ocio de las mujeres.

En conjunto, pues, la evolución tiende a una mayor pasividad (más televisión y cine, aumento del «no hacer nada especial» y menos lectura, práctica musical y reuniones políticas) y a una mayor homogeneidad entre el ocio masculino y el femenino. Y podría discutirse si la pérdida de posiciones experimentada por la audición musical implica la atenuación de uno de los rasgos considerados típicos de la cultura juvenil.

6.3. Algunas actividades de tiempo libre

EXAMINADAS en las páginas anteriores las pautas juveniles de utilización del tiempo libre en sus líneas generales, no estará de más referirse brevemente ahora a algunas de las aficiones y actividades señaladas para las que hay algunos datos comparables. En concreto, alu-

diremos a la afición al deporte, a la lectura de periódicos y revistas ilustradas y a la audición de radio. Ninguna de estas actividades figura entre las más seguidas por los jóvenes al utilizar su tiempo libre, pero sí son objeto, como se ha dicho más arriba, de una sólida y permanente atención por sus practicantes. Otro tema de interés, el de las actividades asociativas formales de los jóvenes, merece por su importancia una consideración independiente, que se llevará a cabo a continuación del presente epígrafe.

6.3.1. Deporte

LAS ENCUESTAS a jóvenes han incurrido con frecuencia en cierta ambigüedad al plantear preguntas sobre el deporte, pues no han solido distinguir entre práctica habitual u ocasional (no es lo mismo «hacer natación» que «ir a bañarse»), ni entre practicar y ver practicar a otros, ni entre ver deportes «en vivo» o seguirlos a través de los medios de comunicación. Baste por ello aquí con una fugaz referencia al predominio de la afición por unos u otros deportes, sin mayor especificación.

En el caso de los varones, el deporte rey es el fútbol, afición que se mantiene en primer lugar en las encuestas de 1960, 1968 y 1975; en cambio, las jóvenes situaban en primer lugar el fútbol en 1960, la natación en 1968 y el baloncesto en 1975. En conjunto, y sin necesidad de aportar aquí los datos, el baloncesto es un deporte que va interesando cada vez más a los jóvenes, especialmente a las mujeres, seguido en su ascenso a corta distancia por el tenis (que ocupa en 1975 el tercer lugar del *ranking* en el interés para ambos sexos); el fútbol, en cambio, ha perdido buena parte de la afición femenina juvenil.

De todas formas, estas aficiones se orientan sin duda más al deporte como espectáculo que a su práctica, y no digamos a una práctica sistemática. Son los medios de comunicación,

y en especial la televisión, los que han ido moldeando las aficiones referidas.

La afición al tenis es seguramente un buen ejemplo de lo dicho: si en los años 50 el tenis era practicado tan sólo por la clase alta, de suerte que cualquier interés manifestado por tal deporte desde otras posiciones sociales se rechazaba por *snoob* tanto desde arriba como desde abajo, la televisión de los 60 y 70 contribuyó decisivamente a romper su especialización social apoyándose en el mito del recogepelotas que llega a campeón, en la aparición de figuras españolas de rango internacional y en su práctica por parte de determinados hombres públicos. Hoy el tenis es un deporte popular, al menos como espectáculo televisivo, como lo prueba su utilización icónica por anunciantes de todo tipo de productos. Otra cosa es que la gente juegue efectivamente al tenis, lo que ni siquiera es fácil dada la penuria de instalaciones al efecto; pero en todo caso ahí está el tercer puesto que ha alcanzado en el interés de los jóvenes españoles.

No es el momento de aludir siquiera a la significación adquirida por el deporte en la cultura adulta actual: baste señalar que el indiscutible proceso de juvenilización —al menos formal— de dicha cultura, cuidadosamente sostenido por un magnífico aparato comercial, hace obligado, al menos, presentar una imagen «deportiva» del yo, perfectamente compatible, por otra parte, con una práctica nula o meramente ocasional. Tal valoración adulta del deporte ha venido a reforzar el interés de los jóvenes, en cuyo atuendo es normal la utilización de prendas deportivas (chandal, zapatillas, etc.), aunque ello no implique que hagan efectivamente deporte. Sería del mayor interés indagar sobre el tema con mayor precisión en futuras encuestas, pudiéndose formular como hipótesis que, en efecto, los jóvenes practican más actividades deportivas que en tiempos anteriores, y que han ido ganando terreno los deportes menos directamente competitivos. Aunque tampoco sería raro confirmar que para la mayoría de los jóvenes el deporte es algo a contemplar en televisión, a practicar ocasionalmente más como juego que de forma sistemática.

tica, y a reflejar en la presentación del yo con algún vestuario o complemento «prestigioso» por ser de marca o forma similar a las utilizadas por los ases de la especialidad.

6.3.2. Lectura de periódicos y revistas ilustradas

LOS DATOS susceptibles de comparación permiten destacar que en 1977 un tercio de los jóvenes y un cuarto de las jóvenes leen el periódico a diario, lo que supone un cierto aumento desde 1975. Pero, de otro lado, no lo leen nunca o casi nunca prácticamente un tercio de los jóvenes y el 40 % de las jóvenes, lo que supone a su vez menos lectores que en 1975. Véanse los datos:

Tabla 6.2. Porcentajes de frecuencia de lectura juvenil de periódicos, por años y sexos

	1975		1977	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Diariamente	33	21	34	25
Algún día a la semana	39	36	30	29
Los domingos	5	6	6	6
Nunca o casi nunca	23	37	30	40
Total	100	100	100	100
(N)	(1.711)	(1.687)	(1.670)	(1.598)

Fuentes: Tercera y Cuarta Encuestas de Juventud.

LO QUE PUEDE destacarse es que el incremento en 1977 de lectores cotidianos y de no lectores procede seguramente de quienes en 1975 leían el periódico algún día a la semana: se diría que parte de estos lectores ocasionales han terminado por habituarse, en tanto que otros han renunciado a la experiencia. En cualquier caso, los jóvenes leen en conjunto menos periódicos en 1977 que en 1975. Y el examen de lo que leen en ellos «con más interés» exige distinguir también fechas (en este punto contamos con datos comparables para 1960, 1968 y 1975) y sexos, aunque sólo sea para indicar el orden de preferencia de las secciones leídas.

Los varones señalan sistemáticamente en primer lugar la información deportiva; pero en 1960 ponían en segundo lugar la información sobre sucesos, en tanto que en 1968 y 1975

ocupan su puesto las crónicas del extranjero; el tercer lugar lo ocupan las noticias, genéricamente consideradas. Los datos sugieren, pues, que junto a un interés principal por las informaciones deportivas, el transcurso del tiempo ha hecho que la atención por lo llamativo y aparatoso (los sucesos) ceda al interés por lo que ocurre en el mundo, en los demás países. El lector juvenil masculino de periódicos (el tercio que los lee a diario y el que lo hace de vez en cuando) parece haberse hecho más cosmopolita y cultivado en su contacto con el contenido de la prensa.

Por lo que hace a las mujeres, en 1960 lo que les interesaba era la información sobre cine, seguida por los sucesos; para 1968 se habían invertido las tomas, primando los sucesos sobre el cine; y en 1975 las noticias y las crónicas del extranjero desbancaron a los sucesos,

que quedaron en tercer lugar, descendiendo la información sobre cine al cuarto. De algún modo, pues, la evolución femenina ha ido paralela a la masculina, orientándose, por así decirlo, a leer en la prensa secciones menos intrascendentes.

En resumen, casi dos tercios de los jóvenes y algo más de la mitad de las jóvenes leían la prensa en 1977, la mitad de ellos diariamente: lo que implica un descenso respecto de la situación de dos años antes. Pero desde 1960 a 1975 las informaciones leídas se han ido orientando a una mayor calidad temática: aunque la información preferida de los varones seguía siendo la deportiva, tanto éstos como las hembras han ido prestando cada vez más atención a las crónicas del extranjero y a las noticias.

Por lo que se refiere a las revistas ilustradas, entre 1975 y 1977 se percibe una pauta muy

peculiar: los hombres tienden a leer más revistas (sube del 63 a casi el 70 % el volumen de quienes leen alguna de ellas semanalmente o alguna vez al mes), y las mujeres tienden a leer menos (el 79 % en 1975 y el 73 % en 1977). Las revistas más leídas en la época de referencia eran *Cambio 16* e *Interviú* (tanto hombres como mujeres), así como *Semana*, *Lecturas*, *Hola* y *Garbo* (especialmente las mujeres).

6.3.3. Radio

ENTRE 1975 y 1977, el aumento de la audiencia diaria de radio ha sido notable. Véanse los datos:

Tabla 6.3. Porcentajes de frecuencia de audiencia juvenil de radio, por años y sexos

	1975		1977	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Diariamente	42	48	57	67
Algunos días a la semana	28	26	17	13
Algunas veces al mes	16	13	3	3
Nunca o casi nunca	14	13	22	15
No contesta	—	—	1	1
Total	100	100	100	100
(N)	(1.652)	(1.655)	(1.670)	(1.598)

Fuentes: Tercera y Cuarta Encuestas de Juventud.

TAMBIÉN AQUÍ la pauta es parecida a la de lectura de periódicos: entre las fechas consignadas crece considerablemente el número de quienes oyen diariamente la radio, pero también aumenta, especialmente entre los varones, el de quienes no la oyen nunca o casi nunca; en conjunto, se percibe un cierto descenso en la afición a oír la radio entre los jóvenes.

Los programas escuchados varían escasamente entre 1960 y 1975, siendo lo único destaca-

ble la práctica desaparición de oyentes de concursos y seriales (probablemente porque ese tipo de programas haya sido desplazado por la televisión), y el aumento de oyentes varones de los programas deportivos. En todo caso, los programas más atendidos tanto en 1960 como quince años más tarde son los de música ligera y, muy en segundo lugar, los de noticias, comentarios y emisiones extranjeras.

El hecho de que bastante más de la mitad de los jóvenes oigan diariamente la radio tiene

una extraordinaria importancia, pues resulta ser ésta, y no la televisión, la que vehicula con más eficacia los gustos de los jóvenes en música ligera y los comentarios y estados de ánimo que a tal música acompañan, lo que no es de desdeñar. Las personas que seleccionan, valoran y comentan la música desde los micrófonos de las emisoras se convierten en árbitros de lo que hay que pensar y sentir al respecto, ejerciendo así una influencia emocional muy grande. Más que de una cuestión de opiniones se trata aquí de una sensibilidad particular, ajena a la de los adultos, y evidentemente manipulada en buena medida por los poderosos intereses de las casas discográficas.

6.4. Asociacionismo juvenil

EN VARIAS de las encuestas a jóvenes llevadas a cabo en nuestro país se ha incluido una

pregunta básica en relación con la pertenencia de los jóvenes a alguna asociación formal, pregunta que trataba de indagar su actitud en relación con los valores polares del individualismo y el asociacionismo como medios para obtener fines. El texto de la pregunta era el siguiente: «Hay gente que dice que en este mundo, para lograr algo, hace falta estar asociado; otros, en cambio, que es preferible obrar individualmente. ¿Cuál es tu opinión?». Quizás la formulación de la pregunta destaca en exceso el objetivo de logro, por lo que no sería del todo pertinente como reveladora de los fundamentos de la propensión o falta de propensión de los jóvenes hacia el asociacionismo, que muchas veces no se producirá como respuesta instrumental a la aspiración a objetivos concretos, sino como fin en sí mismo. Pero en todo caso los datos obtenidos son de interés:

Tabla 6.4. Porcentajes de individualismo y asociacionismo juvenil, por años y sexos

	1960			1968			1975		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Mejor asociado.....	49	50	44	62	67	57	53	58	47
Mejor individualmente.....	19	18	24	14	12	16	11	11	11
No sabe, no contesta.....	32	32	32	24	21	27	36	31	42
Total.....	100	100	100	100	100	100	100	100	100
(N)	(1.731)	(1.316)	(415)	(1.931)	(978)	(953)	(3.200)	(1.617)	(1.583)

Fuentes: Primera, Segunda y Tercera Encuestas de Juventud.

ASÍ PUES, el talante asociacionista sube de manera importante entre 1960 y 1968, para volver a bajar casi hasta el mismo punto inicial en 1975; en tanto que el individualismo baja constantemente a lo largo de todo el período, de suerte que al principio hay una quinta parte de individualistas y al final sólo queda un décimo. Y es de notar que tanto al principio como al final hay un tercio de no respondentes. Por consiguiente, lo único que queda claro es que el número de individualistas es entre

los jóvenes escaso y decreciente, mientras que el de asociacionistas es más o menos constante, aunque sujeto a oscilaciones.

No parece prudente extraer consecuencias de datos tan poco expresivos: si acaso, la de que al período de desarrollo económico español, coincidente en la práctica con los años considerados, no ha correspondido un paralelo crecimiento del talante individualista, como quizás hubiera sido de esperar de acuerdo con

otras experiencias históricas, sino por el contrario su constante disminución (sin que se incremente el porcentaje de propensos al asociacionismo, que permanece estable en la mitad de respondentes). Será de interés recordar este dato cuando nos refiramos a la discusión acerca de la presunta erosión del «espíritu calvinista», que tan reiteradamente se señala para caracterizar a la evolución de la subcultura juvenil de los años 60 y 70 en los países desarrollados. Pero sigamos ahora con la información suministrada por la tabla precedente.

Es claro que las mujeres son siempre, según nuestros datos, mucho menos asociacionistas que los hombres, e incluso van siéndolo cada vez menos. Correlativamente son más individualistas, aunque su ventaja en este punto termina por anularse al final del período. Donde van ganando terreno a los hombres permanentemente es en la no contestación a la pregunta: partiendo en 1960 del mismo porcentaje, lo elevan en un tercio al final del período, mientras que los hombres lo mantienen.

Es decir, que las jóvenes participan, y con más intensidad que los jóvenes, de la pauta de pérdida del talante individualista, pero ello no las hace más asociacionistas, sino menos sensibles a la alternativa propuesta.

Sin duda puede sostenerse, y así lo hemos sugerido, que el individualismo al que se refiere esta pregunta es rigurosamente instrumental y de logro, por lo que escaparía a ella el fenómeno del individualismo narcisista, del que tantos estudiosos se han ocupado. Podría argüirse que el narcisismo se refugiaría precisamente en la incapacidad o en la negativa de contestar a esta pregunta, justamente por su componente de logro, de obtención de metas. Pero en este momento no tenemos información suficiente para argumentar sobre este punto. Veamos, en cambio, cómo se refleja el talante asociacionista o individualista en la práctica del asociacionismo.

Preguntados acerca de su pertenencia a alguna asociación u organización, las respuestas fueron las siguientes:

Tabla 6.5. Porcentajes de pertenencia juvenil a asociaciones por años y sexos

	1968			1975		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Pertenecen	31	34	29	26	32	21
No pertenecen.....	66	65	68	74	68	79
N.S./N.C.....	2	2	3	—	—	—
Total.....	99	99	100	100	100	100
(N)	(1.931)	(978)	(953)	(2.856)	(1.171)	(1.685)

Fuentes: Segunda y Tercera Encuestas de Juventud.

SI, COMO antes veíamos, más o menos la mitad de los jóvenes eran proclives al asociacionismo, en cambio se asocia efectivamente poco más de la cuarta parte del total, y menos aún las mujeres. No se puede decir, pues, que los jóvenes españoles hayan sido muy partidarios de la pertenencia a asociaciones u organizaciones en los años considerados, lo que no es de extrañar, pues la cultura adulta española tampoco es muy amiga de las asociaciones

voluntarias, tan comunes en otros países y tan cantadas como factor de madurez social y política. Pero, pocos o muchos, veamos a qué asociaciones u organizaciones se vinculan los que lo hacen.

Las sucesivas encuestas juveniles han incluido la pregunta de a cuál o cuáles tipos de asociación pertenecían los entrevistados, pero la lista de tipos ofrecida ha estado quizás diseñada

con poca fortuna, toda vez que el segundo ítem propuesto era el de «organizaciones juveniles». Claro está que no se quería implicar con ello que los restantes tipos de asociaciones u organizaciones propuestos (culturales, políticas, religiosas, deportivas, etc.) hubieran de ser no juveniles, sino que se reservaba tal formulación para las organizaciones del Movi-

miento (reconducidas en tiempos recientes a la «Organización Juvenil Española») y a algunas de la familia Scout. Pues bien, sin perder de vista tal ambigüedad, se recogen a continuación los tres tipos de asociaciones que en cada una de las encuestas en que el dato está disponible reciben más afirmaciones de pertenencia por los entrevistados:

1960	1968	1975	1977	1982
Juveniles	Deportivas	Deportivas	Deportivas	Deportivas
Religiosas	Religiosas	Culturales	Culturales	Culturales
Deportivas	Culturales	Juveniles	Juveniles	Religiosas

SALTA A LA VISTA, por una parte, que son las asociaciones de carácter deportivo las preferidas por los que se asocian (salvo en 1960), seguidas de cerca por las culturales, que mantienen su segundo puesto desde 1975 (bien es verdad que a bastante distancia de las primeras). En cambio, las organizaciones religiosas ocuparon el segundo puesto en las preferencias juveniles en la década de los 60, perdieron incluso el tercer puesto en la de los 70, volviendo a aparecer en el tercer puesto en 1982. Por fin, las imprecisamente llamadas «organizaciones juveniles», que ocupan el primer lugar en 1960, pierden mucho terreno en 1968, reaparecen en 1975 y 1977, y caen de nuevo a un puesto más bajo en 1982.

Respecto del asociacionismo religioso, lo que puede ser destacado es su escasa entidad: sólo un 9 % de los entrevistados dice en 1982 pertenecer a alguna asociación de ese tipo. Incluso entre los jóvenes que se declaran católicos practicantes (que, como se recordará, constituyen la mitad de los entrevistados), apenas uno de cada cinco está afiliado a una asociación religiosa; por su parte, la mitad de los católicos practicantes que carecen de tal afiliación dicen no tenerla porque no lo consideran necesario, en tanto que la otra mitad señala o que «les gusta la independencia y hacer las cosas por sí mismos», o que «no les convienen las asociaciones que hay», o que no participan en ellas por considerarlas «carcas». Quie-

nes dan estas dos últimas respuestas constituyen el 19 % de los católicos practicantes y, como se ve, no experimentan ningún rechazo de principio al asociacionismo religioso, sino que no encuentran entre las asociaciones existentes ninguna que les satisfaga.

POCO PUEDE inferirse de tan pocos datos, como no sea el constatar que son las asociaciones deportivas, culturales y religiosas las que han centrado en los últimos veinte años el interés de ese tercio muy escaso de jóvenes que se inscriben en una asociación u organización.

Los autores del informe de la encuesta de 1977 (*Instituto de la Juventud*, 1978: 90 y ss.) destacan que las asociaciones políticas, y específicamente los partidos, reciben un 8 % del total de jóvenes, un 2 % de los cuales corresponde al PSOE y un porcentaje igual al PCE. Tan escasa militancia política juvenil se ve compensada por las respuestas a una pregunta acerca de a qué partido le gustaría pertenecer a los entrevistados en el caso de que deseara pertenecer a alguno, contestando más de un 10 % del total que al PSOE, y un 4 % al PCE; en la práctica, sin embargo, tal propensión no se ha traducido en hechos. El informe calcula lo que llama «potencial asociativo» sumando al 8 % que pertenece a algún partido

el 26 % que dice que le gustaría pertenecer, y el 34 % resultante es calificado de bajo, seguramente por comparación con otros potenciales más altos, como el deportivo (que asciende al 66 %). En todo caso, se destaca en el informe, prácticamente la mitad de la población entrevistada «ha asistido alguna vez a una reunión, mitin, fiesta u otro acto de un partido u organización política» (*Instituto de la Juventud*, 1978: 97), habitualmente de izquierdas; todo ello lleva a los autores del informe a señalar que aunque el potencial asociativo de los partidos sea bajo entre los jóvenes. «sube mucho más —y más deprisa— la atracción de la actividad política» que otras, como las de tipo OJE o Scouts; y ello contando con que más de dos tercios de quienes dicen no querer pertenecer a un partido (lo que viene a ser la mitad de los entrevistados) afirman ser apolíticos, sostienen que los partidos no son necesarios, o dicen que no les convencen los que hay. En resumidas cuentas, lo que se aprecia en la encuesta de 1977 acerca del asociacionismo político juvenil es, básicamente, que menos del 10 % de los jóvenes pertenecen en esa fecha a un partido; que una cuarta parte de los entrevistados dice que le gustaría pertenecer; y que la mitad de los entrevistados afirma que no le gustaría pertenecer, utilizando argumentos que revelan una estremecedora falta de cultura política democrática. Lo que no puede llevar sino a conclusiones pesimistas, que se ven holgadamente confirmadas en la encuesta de 1982: sólo un 3 % de los entrevistados dice pertenecer a algún partido, y sólo a un 5 % de los que no pertenecen les gustaría afiliarse. La crisis del raquíftico asociacionismo político de los jóvenes es hoy día evidente.

PERO TAMPOCO hay que exagerar las cosas: el que los jóvenes no militen en partidos políticos no es tan grave, pues así suele suceder en los países democráticos. La incorporación juvenil a la política, su movilización y «encuadramiento» son más bien rasgos propios de los regímenes no democráticos, en los que la indoctrinación política de los jóvenes reviste for-

mas particularmente repulsivas. Pero lo que sí es grave, y mucho, es la argumentación utilizada para justificar la ausencia de deseo de militancia (la profesión de apoliticismo y, sobre todo, el no considerar necesarios los partidos o el no sentirse atraído por ninguno de los existentes), ya que revela, como se ha dicho más arriba, preocupantes deficiencias en la cultura cívica de prácticamente la mitad de los entrevistados.

Ante tales datos parece urgente que el sistema escolar provea a los alumnos, desde edades relativamente tempranas, de una formación cívica adecuada que permita más tarde a los jóvenes identificarse con los valores básicos de la democracia. Lo que, dicho sea entre paréntesis, motivará a los jóvenes para una mayor práctica del asociacionismo no político, contribuyendo así a densificar y articular la estructura de la sociedad civil, como desde TOCQUEVILLE se viene repitiendo.

6.5. Conclusiones y perspectivas

EL LECTOR que haya llegado hasta aquí se sentirá sin duda decepcionado por la escasez de datos sobre el ocio juvenil susceptibles de ser alineados y comparados: la evidencia empírica disponible es muy escasa, pero es preciso limitarse a ella para no incurrir en una acumulación injustificada de todo lo existente, ya que no es ese el propósito del presente trabajo.

Una posible segunda decepción se deriva de la poca especificidad que los datos disponibles atribuyen al modo juvenil de ocupar el tiempo libre; si el lector esperaba encontrar revelaciones llamativas acerca de actividades extrañas, pintorescas, o incluso escandalosas, comprobará que no hay tal. La ocupación juvenil del tiempo libre es pacífica y convencional: estar con los amigos, ver la televisión y oír la radio, ir al cine, oír música, leer, interesarse por el deporte. Si algo precisamente llama en estas

actividades la atención es una cierta tendencia a la pasividad y a la falta de creatividad, que parece estarse acentuando con el paso del tiempo.

¿Dónde están, pues, los «jóvenes airados», los marginales, los proclives a la delincuencia, los que escandalizan a los adultos con su comportamiento e incluso con su atuendo, los consumidores de droga? Desde luego, no aparecen en los datos manejados, lo que requiere una explicación. Hay que decir, ante todo, que las preguntas acerca de la utilización del tiempo libre no son las más adecuadas para poner de manifiesto tales situaciones, pues sus *items*, por definición, tienden a una cierta inocencia semántica; el de «estar con los amigos», por ejemplo, puede acoger tanto a la tertulia doméstica o itinerante, eventualmente regada con *soft-drinks* y nutrida de hamburguesas, como a la aburrida pandilla suburbana de jóvenes en paro en la que insensiblemente puede gestarse una acción delictiva; o, para poner un ejemplo menos dramático, «ver la televisión» puede significar tanto verla algún rato cada día después del estudio o del trabajo, o tragársela de cabo a rabo, a lo largo de horas y horas, en un proceso autoalimentado de desidia y abandono. Pero además, en segundo lugar, la relevancia muestral de los grupos sociales minoritarios es muy escasa, con lo que la información obtenida por vía de encuesta parece negar su existencia; la utilización delictiva, vandálica, inmoral o escandalosa del tiempo libre de los jóvenes es minoritaria, por mucho ruido que tales formas de utilización produzcan; así pues, no es de extrañar que no luzcan en los datos manejados.

LA ESPECIFICIDAD de «los jóvenes de ahora» que con tanta frecuencia preocupa a los adultos (justificada o injustificadamente, ése es otro problema) no ha de buscarse, pues, en sus modos de utilización del tiempo libre indagados por encuesta, sino más bien en el examen de la subcultura juvenil, tema del que se ocupa el siguiente capítulo. En el que ahora

termina hemos tratado de describir con datos comparables no más que las pautas de utilización del tiempo libre de los jóvenes y las líneas generales de su evolución. Al hilo de tal descripción hemos apuntado algunas interpretaciones del significado de tales datos; volvamos ahora sumariamente sobre ellas.

Ante todo, habrá que insistir en que de lo visto no se desprende razón alguna para suponer que los jóvenes consumen su tiempo libre de manera muy diferente a los sectores adultos de la población. Lo que no quiere decir que carezcan de peculiaridades a este respecto, pues oyen mucha más música que los adultos (y música de una naturaleza muy especial), y se interesan más por el deporte y el cine; al margen de los datos disponibles, es obvio que los jóvenes frecuentan más que los adultos determinados locales (el ejemplo más claro lo constituyen las discotecas, particularmente las reservadas al público más joven o las sesiones de tarde). Pero no se trata aquí tanto de intentar una comparación entre la utilización juvenil del ocio y la adulta, cuanto de insistir en la continuidad básica entre ambas, más clara en el medio urbano y dudosa en el rural, y más probable cuando se trata de los tramos contiguos de jóvenes en sus veintes y de adultos en sus treintas que entre tramos de edad más distanciados.

EN TODO CASO, aquella utópica —y en su momento famosa— visión de KEROUAC de la juventud como una multitud con mochilas vagando por las montañas, haciendo felices a las gentes, practicantes del Zen y la poesía y libertadores de todas las criaturas, no tiene absolutamente nada que ver con la realidad, y desde luego nunca con la realidad juvenil española. Lo que no quiere decir que la subcultura juvenil no posea en España componentes contraculturales, cuestión de la que nos ocuparemos en el próximo capítulo. Pero del mismo modo que los adultos no se han convertido en masa a las filosofías o religiones orientales, sino que a lo sumo han coqueteado con

ellas minoritariamente, tampoco los jóvenes, y desde luego no los españoles. Por lo que sabemos, el ámbito del tiempo libre no ha albergado en nuestro país formas juveniles altamente creadoras o muy específicas; al contrario, las formas de ocio de los jóvenes son bastante parecidas a las de los adultos, salvadas las necesarias distancias.

Parecido que se extiende incluso al generalizado talante de pasividad que caracteriza a unas y a otras, y de ahí el enorme peso de la exposición a determinados medios, especialmente la televisión (indiscriminadamente) y la radio (los programas de música ligera). Ciertamente, la cultura española del ocio carece de la tradición de fuertes aficiones, incluso de excentricidades, propias de la centroeuropea y, sobre todo, de

la anglosajona. Por el contrario, nuestros hábitos de tiempo libre se orientan más bien en el sentido del «no hacer nada especial», del gregarismo (incluso en sus formas más refinadas, como la tertulia), y del espectáculo en que predomina lo visual (introducido en las casas por la televisión). No es el momento de tratar de apoyar con datos tales afirmaciones ni, desde luego, de incurrir en trivialidades propias de la espesa literatura costumbrista, pero no en vano ha estado mucho tiempo inserta nuestra cultura del ocio en un marco de referencia señorial, impropio para toda innovación y esfuerzo. De ahí, creemos, las formas predominantes en la utilización juvenil del tiempo libre, que muestran un cierto reforzamiento en la evolución hacia la pasividad y el convencionalismo.